



l'Acacia



la Lune



la Neige



le Plafond

Fernando Savater

Diccionario filosófico

Este diccionario singular, fruto de una visión personal y no un trabajo académico o erudito, no pretende ser un libro para consultar, sino para leer. En sus páginas Fernando Savater aborda la vida y obra de grandes pensadores como Voltaire, Rousseau, Spinoza, Nietzsche, Santayana o Bertrand Russell, y reflexiona sobre abundantes temas oficialmente filosóficos, como la naturaleza, la muerte, la justicia o el ser. Pero el autor no rechaza otros que rara vez figuran en diccionarios de filosofía, como el dinero, la enfermedad, los sueños, el erotismo o la estupidez. Y aunque toma partido en diversas polémicas contemporáneas (la confusión entre ética y política, la recaída en la religión de ciertos pensadores, la egolatría mística o revolucionaria, la crítica posmoderna de la universalidad...), prefiere ocuparse ante todo de los problemas de los hombres que de las querellas de los filósofos. Un diccionario heterodoxo que es una sugestiva iniciación en la filosofía.

*En recuerdo del Señor Indio
y de Pirulo: después de todo*

Índice

INTRODUCCIÓN

CITAS

A →

ALEGRÍA

ASILO

AZAR

C →

CAMUS (Albert)

CASANOVA (Giacomo)

CIORAN (Emil M.)

CITAS

COMUNICACIÓN

CUSHING (Emil M.)

D →

DEMOCRACIA

DEPORTE

DIDEROT (Denis)

DINERO

DIOS

E →

ENFERMEDADES

EROS, EROTISMO

ESTUPIDEZ

ÉTICA

F →

FELICIDAD

FICCIONES

H →

HETEROFOBIA

HUMANISMO, HUMANO.

I →

IGUALDAD

INTELECTUAL

INTELIGENCIA

J →

JUSTICIA

L →

LEER (1)

LEER (2)

LIBERTAD

LOCOMOCIÓN

M →

MALESHERBES (Guillaume-Chrétien de Lamoignon de)

MATERIA, MATERIALISMO

MONSTRUOS

MUERTE

N →

NACER (1)

NACER (2)

NACIONALISMO

NATURALEZA

NIETZSCHE (Friedrich)

O →

OPINIÓN

P →

PERIODISMO

PREDICADORES

PREGUNTA

PSICOANÁLISIS

R →

RACISMO

RELIGIÓN

RILKE (Rainer Maria)

ROUSSEAU (Jean-Jacques)

RUSSELL (Bertrand)

S →

SANTAYANA (George)

SCHOPENHAUER (Arthur)

SEDUCCIÓN

SER

SPINOZA (Baruch)

STEVENSON (Robert louis)

SUEÑOS

T →

TEMPLANZA

TERESA

U →

UNIVERSALIDAD

V →

VENENOS

VIDA

VIOLENCIA

VOLTAIRE (François-Marie Arouet) [1]

VOLTAIRE [2]

VOLUNTAD

Y →

YO

Todo es más sencillo de lo que se puede pensar y a la vez más enrevesado de lo que se puede comprender.

GOETHE

Vengo de no sé dónde,
Soy no sé quién,
Muero no sé cuándo,
Voy a no sé dónde,
Me asombro de estar tan alegre.

MARTINUS VON BIBERACH

La filosofía es, antes, filosofar, y filosofar es, indiscutiblemente, vivir; como lo es correr, enamorarse, jugar al golf, indignarse en política y ser dama de sociedad. Son modos y formas de vivir.

J. ORTEGA Y GASSET

Porque no sirve para nada, no está aún caduca la filosofía.

T. W. ADORNO

Groucho: Vamos, Ravelli, ande un poco más rápido.
Chico: ¿Y para qué tanta prisa, jefe? No vamos a ninguna parte.
Groucho: En ese caso, corramos y acabemos de una vez con esto.

Los hermanos MARX

Introducción

Intentar decir otra vez (¿de una vez por todas?) qué es filosofía resulta un empeño capaz de desalentar de antemano al más animoso. No por imposible, sino por el cúmulo de posibilidades que se nos ofrecen y pugnan unas con otras, a codazos. Si creemos, con Nietzsche, que aquello que tiene historia no puede tener definición, optaremos por contestar repitiendo la trayectoria cronológica de esa peculiar tarea humana: su origen griego, que es como decir paradisíaco, su posterior exilio a lo largo del imperio de Roma y del feudalismo cristiano, su renacimiento cuando el humanismo renació, su trayecto en compañía y frente a la ciencia moderna, su empeño de reforma social, los grandes sistemas y la reacción voluntariosamente antisistemática que suscitaron, el desgajamiento sucesivo en saberes particulares de lo que en principio formó parte de un todo, el cuestionamiento social y psicológico de la transparencia racional, la perplejidad contemporánea acompañada de fatuidad académica... hasta llegar finalmente al postergamiento actual y a una quejumbrosa pero tenaz supervivencia que muchos, con no menor tenacidad, califican ritualmente de *muerte*. Tal podría ser la primera respuesta a la cuestión de en qué consiste la filosofía: recordar en qué ha consistido y dictaminar si aún es tenuemente viable o se trata ya de un asunto archivado.

¿Y si intentamos la definición en lugar de la historia? También aquí deberemos recurrir a pautas canónicas. La filosofía es un modo de conocimiento caracterizado por la universalidad de su objeto: no versa sobre tal o cual aspecto de la realidad, sino sobre la realidad en su conjunto. Se compone de cierto tipo de preguntas más que de un rece-

tario de respuestas. Esas preguntas se distinguen por su máxima generalidad, tal como ha sido indicado, y también por otros dos rasgos imprescindibles: nunca son estrictamente prácticas y no pueden ser respondidas satisfactoriamente por los especialistas de las diversas ciencias particulares. Las respuestas filosóficas a tales preguntas carecen de valor predictivo, en el sentido en que lo tienen las aseveraciones científicas contrastadas: es difícil señalar un solo hecho o conjunto de hechos que las confirmen irrefutablemente o que las invaliden por completo. Por decirlo de un modo popular, las respuestas filosóficas abarcan siempre más de lo que aprietan. La satisfacción que producen no es principalmente objetiva sino subjetiva, es decir, que tiene un ingrediente básicamente psicológico: las verifica no tanto el tipo de mundo en que uno vive como el tipo de hombre que uno es (y, por tanto, la concepción del mundo con la que uno se siente más a gusto intelectualmente hablando). Lo cual no equivale a decir que sean afirmaciones meramente caprichosas o poéticas ni que se sustraigan a la controversia racional. Pretenden ser esfuerzos racionales por ir más allá de lo que los razonamientos científicos particulares pueden alcanzar. En cierto modo son *visiones de conjunto*, pero que ni pueden ni quieren renunciar a responder inteligiblemente a las objeciones particulares que se les plantean: en tal sentido me parece que es válida la definición de Julián Marías de la filosofía como «visión responsable». Por último, podría completarse este intento descriptivo del empeño filosófico señalando que buena parte de sus preguntas y respuestas tratan de cómo debe encararse la vida humana, tanto individual como socialmente. De aquí que sea lícito hablar de una cierta filosofía *práctica*, no en cuanto brinda instrucciones concretas para conseguir tal o cual objetivo particular o resolver este o aquel problema determinado de los que se plantean al vivir humano, sino como reflexión sobre actitudes globales ante la gestión de la vida humana en cuanto tal.

Me parece evidente que tanto la contestación histórica a la pregunta sobre qué sea la filosofía como el esfuerzo definitorio alternativo (o complementario, a pesar de Nietzsche) admiten numerosísimas tachaduras y no menos añadidos o precisiones. Aunque a grandes rasgos hay cierto acuerdo sobre el pasado de la filosofía, esta concordia disminuye según nos vamos acercando a la valoración de su presente y se hace hasta impensable cuando de lo que se trata es de vislumbrar su futuro. Creo, por tanto, que lo mejor es intentar ahora una consideración personal, juntamente histórica y conceptual, de lo que yo tengo por filosofía, sin pretender que mi planteamiento sea válido para la mayoría de los filósofos actuales ni mucho menos el único válido. Este punto de vista, por insignificante que sea juzgado desde parámetros más exigentes, tiene sin duda un obvio interés para el lector de este diccionario, pues ha presidido su redacción y la tarea intelectual toda de quien lo ha escrito. Sobre otros criterios que han intervenido en la composición de la obra, su carácter propio, su ambición y —sobre todo— su modestia, tendré ocasión de hablar en la segunda parte de esta misma introducción.

Cuenta el viejo Herodoto, casi siempre de grata y cordial rememoración, que cuando el rey Creso recibió al viajero Solón en Sardes le dirigió la siguiente bienvenida: «Huésped ateniense, llegaron muchos dichos a nosotros sobre ti, acerca de tu sabiduría y de tu andar de acá para allá, y de que *filosofando* recorriste tantas tierras por ver cosas». Reconozco que me gusta esta imagen de la tarea filosófica como intrínsecamente ligada al vagabundeo y a la curiosidad cosmopolita más que la clásica escena originaria pitagórica, según la cual el mundo es como un estadio al que unos van a competir, otros a comerciar, otros a presenciar las pruebas y animar a los participantes, mientras que unos pocos —los filósofos— asisten para contemplarlo todo y a todos los demás. Debe destacarse la importancia del viaje en la configuración intelectual de los primeros filósofos.

fos (es decir, los más antiguos de aquellos que todas las nóminas incluyen como tales): sabemos que el propio Pitágoras viajó mucho y también se nos cuenta que fueron grandes viajeros Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Jenófanes de Colofón y Demócrito. Aristóteles llegó a Atenas desde la macedónica Estagira y parece que Pirrón, que llegó a ser luego uno de los maestros más respetados de la escuela escéptica, realizó un viaje a la India en compañía de un discípulo de Demócrito y allí conoció a los *gimnosofistas*, los sabios desnudos del hinduismo (de los cuales ya habían traído noticias quienes regresaron de las campañas orientales de Alejandro) cuya imperturbabilidad desafiante precedió y sin duda inspiró al histrionismo de Diógenes. Viajeros, exiliados, vagabundos, expedicionarios... o habitantes de ciudades fronterizas, como los jonios, acostumbrados a convivir con persas, helenos y egipcios. Desde luego, la filosofía no la inventó gente que no se movía de casa ni sentía curiosidad por los extraños. Pío Baroja aseguró en cierta ocasión que el nacionalismo es una enfermedad que se quita viajando: por lo visto la filosofía es una enfermedad que se *contrae* viajando o conociendo a viajeros... De modo que las disquisiciones en que a veces aún se incurre sobre si existen filosofías *nacionales* (si hay una filosofía española, alemana o italiana que sea esencialmente tal y no simplemente el nombre que recibe el conjunto de las obras filosóficas hechas por ciudadanos de cada uno de esos países) siempre me han resultado particularmente insulsas. La filosofía es una actividad inventada por griegos viajeros, por griegos *planetarios* (recordemos que «planeta» en griego significa «vagabundo») y por tanto, en cierto sentido, toda filosofía es griega y, en otro, nunca puede dejar de ser cosmopolita.

Insisto en el carácter de viajeros o exiliados, en suma, *desarraigados*, de los primeros filósofos, porque me parece el más relevante para comprender en qué consiste la filosofía y también el más digno de ser recordado hoy por razo-

nes de oportunidad moral y política. El filósofo es el forastero por antonomasia, ese «extranjero desconocido» llegado de tal o cual lugar que aparece en algunos diálogos platónicos y también en varias tragedias. Como viene de fuera, no se siente ligado más que prudencialmente por las creencias tradicionales y la autoridad establecida: tampoco pertenece a los clanes en litigio ni tiene negocios familiares que atender. Mira las rutinas con ojo crítico, pues para él aún no lo son. Le interesa la política, pero frecuentemente (¡Aristóteles!) ni siquiera tiene derechos de ciudadanía en la *polis* donde habita. Trae noticias de fuera y compara las razones del lugar con otras que escuchó muy lejos. Se da cuenta de que los hombres y las mujeres de todas partes se parecen básicamente más entre sí de lo que las peculiaridades locales traslucen a primera vista: la naturaleza humana es común, leyes y costumbres varían. De vez en cuando ironiza con mayor o menor descaro contra el orgullo patriótico, como aquel que se burló de quienes se vanagloriaban de haber nacido en Atenas, señalando que tal mérito lo compartían con muchos caracoles y varias clases de hongos. Hay algo de mestizo casi siempre en los primeros filósofos, suelen resultar todos un tanto *atezados*... Al hijo obediente de familia patricia, al plebeyo que desconfía de cuanto viene de fuera, al *pur sang* forzoso o voluntario... nunca se le suele ocurrir nada nuevo. Ese filósofo con memoria pero sin raíces, que ha roto amarras, nunca expresa una perplejidad nacional o una pregunta de índole colectiva, sino el asombro y la desazón de quien se encuentra solo frente al abigarramiento extenso del mundo, asediado por mitos, leyes, supersticiones y conocimientos prácticos de diversa índole.

Parece que fue Demócrito el primero en caracterizar al amigo de la sabiduría como «cosmopolita», ciudadano del mundo que por tanto nunca es del todo o primordialmente «ciudadano» de ninguna parte. Es significativo que también se recuerde tradicionalmente a Demócrito como el filósofo

que ríe, quizá por contraposición a Heráclito, príncipe de Éfeso, que por razones oscuras (como suelen serlo todas en el caso de Heráclito) se había ganado fama de llorón. De la *eutimía* democrítea hablaremos más adelante, en la voz de este diccionario que se ocupa de la alegría. Pero cabe ya destacar que Demócrito fue un pensador de corte decididamente abierto, utilitarista, antirreligioso y propugnador de una metafísica no sólo materialista (no es esto lo que más cuenta, ya que el materialismo es una *idea* o conjunto de ellas, como el idealismo, como cualquier otra filosofía), sino ante todo notablemente *económica* en cuanto al número de principios cosmológicos. Esta voluntad de dar cuenta de lo más posible con auxilio del menor número de ideas hace que Demócrito pertenezca a la estirpe de filósofos que intentan simplificar y desembrollar la maraña mítico-ideológica en lugar de aumentar su volumen gaseoso con nuevos embelecros: la estirpe de los que manejan la filosofía como instrumento para resguardarse de la proliferación agobiante de doctrinas, pero sin renunciar a una cierta comprensión de la realidad, estirpe que es también la de Epicuro, la de Lucrecio, la de Montaigne y que luego prosigue Spinoza. Para comprender lo que este primigenio naturalismo filosófico debió de representar en su época, a finales del siglo V a. C., no hay más que comparar las narraciones que nos ofrecen las mitologías y religiones de cualquier cultura respecto al origen del hombre y de la sociedad con la transcripción de las ideas democríteas que nos brinda siglos más tarde el historiador Diodoro Sículo. No se habla de dioses, monstruos ni héroes: la tierra es una masa de barro húmedo que el sol endurece y hace fermentar; en ese caldo de cultivo aparecen los embriones de todos los seres vivos, que se transforman paulatinamente según el grado de calor o humedad que han recibido durante la solidificación del fango terráqueo. Los hombres brotan de seres vivos inferiores, como cualquier otra especie animal; al comienzo, su existencia fue «pobre, tosca, brutal y breve», se-

gún aseguraría famosamente Hobbes en coincidencia con Demócrito más de dos milenios después. Al viejo atomista griego no se le escapa el origen convencional del lenguaje ni la accidental diversidad de las lenguas que hablaban y hablan las diversas tribus humanas. Poco a poco los hombres aprenden a vivir en cavernas, descubren el fuego, inventan y acatan las primeras pautas sociales. Pero esos logros no son dones divinos ni la asombrosa conquista de algún héroe fundador, sino el doloroso fruto de la experiencia colectiva enfrentada a un mundo adverso: «Nada aprende el hombre salvo por necesidad. La necesidad es la guía que le conduce y encuentra en él un alumno naturalmente bien dotado, puesto que dispone de sus manos, del lenguaje y de su inteligencia natural».

Estas lecciones vigorosamente desmitificadoras fueron prolongadas en el terreno más estrictamente político por Protágoras, Antifón y los demás sofistas, que insistieron en el convencionalismo de las normas y costumbres sociales, recalcando que es el hombre la medida de todas las cosas (es decir, que la consideración del mundo siempre se fragua a escala de la subjetividad humana) y que las leyendas religiosas de ultratumba no tienen otro fin que reforzar la obediencia de los timoratos a las autoridades establecidas. También los sofistas solían ser viajeros que deambulaban entre las ciudades que mejor podían acogerlos y remunerarlos: comparaban la diversidad de las leyes con la unanimidad de la naturaleza humana y aventuraban conclusiones de alarmante impiedad. Además estudiaban los mecanismos de la persuasión y del lenguaje, enseñando a los ciudadanos de comunidades igualitarias y discursivas a valerse por sí mismos en la esfera pública. Pero su memoria ha llegado hasta nosotros denostada, pues contaron con el antagonismo formidable de Platón. Este maestro de prodigiosa sutileza detestaba el naturalismo sonriente de Demócrito, al que prácticamente nunca menciona, y condenó con tan excelsa habilidad intelectual como frecuente mala fe el rela-